

LA VENTANA

LA REAL CASA DE LA ADUANA

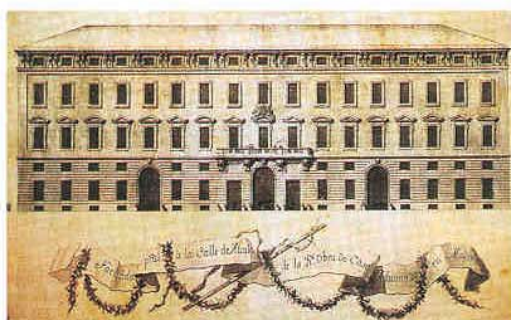
(PRIMERA PARTE)

JOSEFINA BUADES TORRENT

No son muchos los residentes en Madrid que tienen en justa estima el edificio en el que actualmente tiene su sede el Ministerio de Hacienda; menos son los que, conociéndolo, dedican unos momentos de su ajetreado quehacer a contemplarlo. Puede deberse a que los que desde Cibeles van a Sol hayan quedado fascinados por el poderío inmobiliario de la Banca o por la fastuosa fachada del Casino de Madrid y que, abriéndose la calle de Alcalá para volcarse en Sol, no adviertan a mano derecha el edificio en cuestión. Piérdense así casi todos el regalo de la visión de uno de los edificios más importantes, desde el punto de vista arquitectónico, del Madrid del siglo XVIII, mandado construir por el rey Carlos III.

Muerto Fernando VI sin sucesor en 1759, fue llamado a sucederle a título de Rey su hermano, que lo era de Nápoles y de los Dos Sicilias desde 1734 y que asumió el trono español bajo el nombre de Carlos III. Entiende el nuevo monarca que el Madrid pueblerino y oscuro que encuentra a su llegada no ofrece la dignidad que una Corte dieciochesca requería, por lo que emprende la labor de embellecimiento y saneamiento, procediéndose, de una parte, al trazado de grandes avenidas, como el Salón del Prado y de otra, a la mejora, en iluminación y ventilación, de las tortuosas y quebradas calles de la villa, pavimentándolas y dotándolas de un sistema de limpieza. Todo ello ha valido al monarca el reconocimiento del título de “el mejor alcalde de Madrid”.

Como buen rey de la Ilustración fomentó Carlos III la investigación y la ciencia y a estos fines ordenó, entre otras obras, la construcción del Jardín Botánico, del Observatorio astronómico y del Gabinete de Ciencias naturales (hoy, Museo del Prado), contribuyendo así, además, al ornato de la Villa y Corte.



Fotografía Oronoz

La construcción de grandes edificios de carácter administrativo, dentro de la obra de modernización, embellecimiento y saneamiento de la Villa y Corte, llevada a cabo por Carlos III, incluyó la de la Real Casa Aduana, actual sede del Ministerio de Hacienda.

Carlos III, al igual que otros monarcas del Despotismo ilustrado, dispuso que se erigieran monumentos públicos, como la Puerta de Alcalá y la de San Vicente (hoy desaparecida) y también grandiosos edificios de carácter administrativo como la Casa de Correos o la Real Aduana (actual sede del Ministerio de Hacienda), testimonios todos del “mal de piedra” que, en célebre frase atribuida al marqués de Esquilache, aquejaba al Monarca.

Para llevar a cabo tan amplia labor arquitectónica se inclinó Carlos III hacia planteamientos racionalistas y de incipiente o

pleno neoclasicismo, abandonando el barroquismo imperante en años inmediatamente anteriores. Depositó el rey su confianza en un maestro italiano que había estado a su servicio en tierras de Nápoles, Francisco Sabatini, nacido en la localidad de Palermo.

A Sabatini se debe la construcción del edificio de la Real Casa Aduana (hoy, Ministerio de Hacienda), edificio que iba a suponer el inicio de la reforma urbana y administrativa que Carlos III deseaba acometer. En efecto, para albergar los productos sujetos a la Renta resultaba insuficiente el viejo caserón que a estos fines se venía utilizando, situado en la plazuela o calle de la Leña y construido en 1645. El Rey ordenó que se buscara el emplazamiento adecuado y de esta suerte se decidió, como lugar idóneo, el espacio ocupado por las Caballerizas de la Reina, sitas en el arranque de la calle de Alcalá y colindantes, por su lado izquierdo, con el barroco palacio de Don Juan de Goyeneche, y por el lateral opuesto, el palacio del marqués de Torreçilla, hoy integrado en el edificio del Ministerio de Hacienda, del que se conserva una portada realizada por Pedro de Ribera, hacia 1710.